

LA MELANCOLÍA EN PASCAL.

“Saber amargo aquel que se obtiene del viaje.

Monótono y pequeño, el mundo, hoy día, ayer,

Mañana, en todo tiempo, nos lanza nuestra imagen:

¡En desiertos de tedio, un oasis de horror!”¹

“¿Imagen de quién, hombre pobre, miserable, loco; de quién es esa imagen que tú has colocado sobre la imagen divina?”²

“La elevación de los hombres es pura vanidad y mentira; como lo que ellos son: vanos mentirosos. La verdad los humilla y la vanidad los eleva. Prefieren las tinieblas a la luz; se abrazan a la vanidad que los ensalza y van tras la mentira. En cambio, frente a la verdad que los humilla reaccionan con el disimulo y pueriles esfuerzos, y con todos los medios y modos posibles”³

Si bien la melancolía puede entenderse de muchos y distintos modos, pudiéndose encontrar en ella la fuente de la creatividad artística, el regusto de la nostalgia que embelesa y seduce al romántico, platónico aun a su pesar, a lo que quiero dirigir mi atención es a un modo de entenderla, tal vez más radical, que la describe como la acedia, el tedio, el vacío, que puede llegar a paralizar, a desesperar, que siente el hombre cuando para y mira en su interior; cuando se mira y mira el mundo del que se rodea; cuando vuelve sobre sí y no huye vertiéndose, volcándose, en la acción sobre lo externo a él.

“Tedio. Nada es tan insoportable al hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin divertimento, sin aplicación. – escribe Pascal - Siente, entonces, su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Irresistiblemente surgirá del fondo de su alma el tedio, la maldad, la tristeza, la pesadumbre, el despecho, la desesperación”.⁴

“¿Y te extrañas tú porque no puedes enfrentarte contigo mismo sin sentirte movido, angustiado, confundido? [...] – Afirmaba San Bernardo. Con todo – No es extraño que el alma no sientas estas heridas (la tristeza, la pesadumbre...). Se ha olvidado de sí misma. Y ausentándose de su interior, ha salido hacia un país lejano”.⁵

Ese salir hacia un país lejano, país descrito por Baudelaire como desiertos de tedio, es entendido por la tradición agustiniana, a la que se adhiere Pascal, como una huida de la verdad que, como muestra la parábola del hijo pródigo, es el verdadero hogar en el que el hombre puede llegar a

¹ Baudelaire, *El Viaje, Las Flores del Mal*, citado por D. Lesmes González, “Presencia de una ausencia: imagen y concomitancia entre el tedio decimonónico y la acedia medieval”, en *Imagen y apariencia, Congreso internacional*, Murcia, Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia, 2009, p. 10

² San Anselmo de Canterbury, *Oración a San Juan Bautista*, en *Obras completas II*, B.A.C., Madrid, 2009, p. 329

³ San Bernardo de Claraval, *Sermones varios 20,4*, en *Obras completas de San Bernardo* nº VI, B.A.C., Madrid, 1988, p. 179; en adelante esta obra la citaré del siguiente modo: San Bernardo, *Sermones varios...*, p. .

⁴ B. Pascal, *Pensamientos*, nº 622, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 204. Cito los *Pensamientos* de Pascal siguiendo la edición de Alianza Editorial, que sigue, a su vez, el texto establecido por Louis Lafauna en las *Obras Completas de Pascal*, publicadas por Editions du Seuil en 1963, y dentro de la colección L Integrale. En adelante, cuando haya de citar esta obra, lo indicaré del siguiente modo: Pascal, *Pensamientos*, nº , p. .

⁵ San Bernardo de Claraval, *A los clérigos sobre la conversión II, 3 y IV 5*, en *Obras completas de San Bernardo I*, B.A.C., Madrid, pp. 369 y 373. En adelante esta obra será citada del siguiente modo: San Bernardo de claraval, *A los clérigos...*

realizarse y cobrar sentido. Una huida propia de nuestra condición humana, porque la verdad se nos hace insoportable, nos muestra nuestra miseria, nuestra incapacidad, impotencia, nulidad, carencia, indigencia; y nos exige una renuncia a la que no estamos dispuestos.

“La única cosa, - dice Pascal – que nos consuela de nuestras miserias es el divertimento. Y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias. Porque es ella, principalmente, la que nos impide pensar en nosotros, y la que hace que nos perdamos insensiblemente. Sin ello estaríamos llenos de tedio, y este tedio nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él; pero el divertimento nos entretiene y nos hace llegar a la muerte insensiblemente”.⁶ En efecto, “un espíritu disperso -dijo San Bernardo – no se da cuenta de su desgracia espiritual, porque no vive en su interior”.⁷ Pero, al fin y al cabo, ¿Qué proporciona el mundo en el que nos vertimos?, ¿qué nos deja el divertimento? De nuevo, tedio, porque “quien no ve la vanidad del mundo es bien vano el mismo. Pero, ¿quién no la ve, excepto los jóvenes que están completamente sumidos en el ruido, en el divertimento y en la mañana? Mas, quitadles su divertimento, les veréis consumirse de tedio. Sienten entonces su nada sin conocerla, pues es ser muy desgraciados el estar en una tristeza insoportable, tan pronto como se ve reducido a pensar en sí mismo y a no estar entretenido”.⁸

Es esto lo que clamaba San Agustín en sus Confesiones, cuando, recordando su juventud, escribía “en los fantasmas que había tomado por la verdad se hallaba la vanidad y la mentira” (IX, 4, 9)⁹, “Ay, ay de mí, por qué grados fui descendiendo hasta las profundidades del abismo, lleno de malestar, de desventura, fatiga, y devorado por la falta de verdad”.¹⁰

Nuestra íntima y radical vivencia, desasosegante, que no nos permite ni pisar con seguridad el fondo ni flotar en la superficie, ni fundirnos con el mundo ni disfrutarlo plenamente, es la de que no somos Dios, pero tampoco somos nada; “que anhelamos la verdad, y no hallamos en nosotros más que incertidumbre. Anhelamos la felicidad y no hallamos más que miseria y muerte. Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de certeza y felicidad”.¹¹

“Me dirigía hacia Dios – había escrito San Anselmo – y tropecé conmigo mismo. Buscaba descanso en mi soledad, y he encontrado tribulación y dolor en mi intimidad. Quería reír por el gozo de mi alma, y soy forzado a rugir por el gemido de mi corazón. Esperaba la alegría, y he aquí que se suceden los suspiros”.¹²

¿Cómo entender lo que somos? ¿Cómo comprender el hecho crucial de que anhelamos lo que no podemos alcanzar, que sabemos de lo que no vemos, que sufrimos por lo que no tenemos? Sabemos de la verdad, del bien, de la felicidad, de la luz; pero vivimos en la ignorancia, en la maldad, en la infelicidad, en tinieblas. Y es por ello que anhelamos, sufrimos y, cuando experimentamos que nada alcanzamos, huimos o desesperamos.

Este es el hecho clave; no verlo es no entendernos y verlo es entender que no podemos entendernos, aclararnos y sosegarnos. “¿Qué quimera es, pues, el hombre? – escribirá Pascal - ¿Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué prodigio? [...] ¿No está, pues, claro como el día que la condición del hombre es doble?”¹³ (131).

⁶ Pascal, *Pensamientos*, nº 414, p. 126.

⁷ San Bernardo de Claraval, *A los clérigos...*, p. 373.

⁸ Pascal, *Pensamientos*, nº 36, p. 30.

⁹ San Agustín de Hipona, *Confesiones IX, 4, 9*, en *Obras completas de San Agustín*, B.A.C., Madrid, 1998, p. 357; en adelante citaré esta obra del siguiente modo: San Agustín, *Confesiones...*

¹⁰ San Agustín, *Confesiones...* III, 6, 11, p. 141.

¹¹ Pascal, *Pensamientos*, nº 401, p. 124.

¹² San Anselmo de Canterbury, *Proslogion, c. I*, Eunsa, Pamplona, 2002, p. 36-7. En adelante esta obra la citaré del siguiente modo: San Anselmo de Canterbury, *Proslogion...*

¹³ Pascal, *Pensamientos*, nº 131, pp. 53 y 54.

La profunda raíz platónica de la antropología agustiniana presente en Pascal se manifiesta de forma patente, no meramente latente, en su asunción de que, aunque repugne a nuestra razón y a nuestro concepto de justicia, sólo explica esta condición paradójica del hombre la existencia de un pecado, de una falta, en el origen de nuestra existencia¹⁴, pues “¿Quién se siente desgraciado por no ser rey, sino un rey destronado?”¹⁵.

Siglos antes, al inicio de una de sus obras cumbre y tras un profundo ejercicio de introspección, clamaba San Anselmo: “¡Oh miserable destino del hombre, cuando perdió aquello para lo que fue creado! ¡Oh cruel y terrible desgracia! ¡Ay, cuánto perdió y qué ha encontrado, cuánto abandonó y qué ha permanecido! Perdió la felicidad para la que fue creado, y ha encontrado la miseria para la que no fue creado. Abandonó aquello sin lo que nadie es feliz, y ha permanecido lo que en sí no es sino miserable. [...] ¡Desgraciados: de dónde hemos sido expulsados y a dónde hemos sido empujados!; ¡De dónde precipitados, y en dónde sumergidos!: de la patria al exilio, de la visión de Dios a nuestra ceguera.”¹⁶ Y, como si de un comentario a estas lamentaciones se tratara, afirmará Pascal: “Porque, en fin, si el hombre no hubiera estado jamás corrompido, gozaría de su inocencia, y de la verdad y de la felicidad con seguridad; y si el hombre no hubiera estado nunca más que corrompido, no tendría idea alguna, ni de la verdad, ni de la beatitud. Pero, para nuestra desgracia, y mayor que si no hubiera grandeza alguna en nuestra condición, tenemos una idea de la felicidad y no podemos llegar a ella. Sentimos una imagen de la verdad y no poseemos más que la mentira. Incapaces de ignorar absolutamente y de saber ciertamente, tan manifiesto es que hemos estado en un grado de perfección del que hemos desgraciadamente caído”.¹⁷

La condición, paradójica, del hombre es la cuestión de las cuestiones, el asunto central de toda filosofía posible, la piedra angular, la verdad que hemos de afrontar y asumir; pues “nada valora convenientemente quien se ignora a sí mismo, quien no tiene en cuenta las condiciones de su dignidad”¹⁸. Y lo que esta condición revela es el hecho, sobrecogedor, abrumador, de que el hombre es, en lo más profundo de su ser, “capax Dei”. “Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”¹⁹, decía Agustín en sus confesiones. Lo que no podemos no ver, si no volvemos la cabeza, es que el hombre está llamado a ser en una relación íntima, plena, con Dios; a conocerle y amarle. Pero, al mismo tiempo, hemos de reconocer sin desesperarnos, aunque nos duela, que por ser quienes somos, miseria, mezquindad, vivimos alejados, extraviados, incapaces de conocer y amar por nosotros mismos.

Esta es la doble condición del hombre, contradictoria e irreconciliable: grandeza y miseria a un tiempo. “Juez de todas las cosas, imbecil gusano de tierra, depositario de lo verdadero, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y deshecho del universo. ¿Quién desenredará este embrollo?”²⁰, escribía Pascal, ¿quién nos librará de la melancolía, el tedio, la tristeza y desesperación profundas que habitan nuestro corazón? No lo harán, con su poder, ni el método cartesiano, ni el espinosiano, ni la deslumbrante ciencia, ni la arrolladora técnica; no lo harán ni la razón conquistadora, ni la voluntad dominadora, aun en la plenitud de su devenir; ni la memoria, haciendo presente vivo lo perdido. Todo ello nace ya contradictorio, embrollado. Tal vez, si este fuese realmente posible, lo haría el olvido, buscado en el divertimento, pero “el olvido es la muerte del alma”²¹.

Esta es la verdad de la que huimos, que nuestra soberbia nos impide aceptar. Porque nos duele y nos deja sin respuestas, desnudos, frágiles, pobres. Esta es la verdad, y nos humilla. Pero no es

¹⁴ Pascal, *Pensamientos*, nº 131, pp. 54-5.

¹⁵ Pascal, *Pensamientos*, nº 117, p. 49.

¹⁶ San Anselmo de Canterbury, *Proslogion c. I*, ... p. 36.

¹⁷ Pascal, *Pensamientos*, nº 131, p. 54.

¹⁸ San Buenaventura, *Vida Perfecta I*, 5, en *Experiencia y teología del misterio*, B.A.C., Madrid, 2000, p. 231.

¹⁹ San Agustín, *Confesiones I*, ... p. 73.

²⁰ Pascal, *Pensamientos*, nº 131, p. 53.

²¹ San Bernardo de Claraval, *Segunda serie de sentencias*, 19, *Obras completas de San Bernardo*, B.A.C., Madrid, 1993, p. 69.

suficiente con que nos humille, pues nosotros no nos humillamos ante ella y fingimos ser grandes dioses o miserables bestias, viviendo una ficción insostenible, tras alambicadas máscaras. Por miedo, por debilidad, siempre soberbia, endurecidos, esclerotizados, nos entregamos a lo vano, vagando sin rumbo por desiertos de tedio en los que “pocas cosas nos consuelan, pero pocas cosas nos afligen de verdad”²².

“En vano, oh hombres, buscáis en vosotros el remedio a vuestras miserias. – escribe Pascal - Todas vuestras luces no pueden llegar más que a conocer que no es en vosotros mismos donde encontraréis la verdad y el bien”²³. Es decir, que no sólo hemos de reconocer que no sabemos de lo que deseamos saber, docta ignorancia socrática, sino que hemos de reconocer que no podemos alcanzar, gracias al desarrollo extraordinario de todas nuestras capacidades, lo que buscamos, anhelamos; aquello que daría sentido a nuestras vidas, que nos permitiría entendernos, aclararnos, sosegarlos y vencer el tedio.

La clave, como mostró con inigualable profundidad y constancia la tradición agustiniana, es la humildad, sin la que es del todo ilusorio el acceso a la verdad. Y, así, recordando los tiempos pasados en que, perdido, buscaba y no encontraba, escribía San Agustín en sus confesiones: “Porque todavía no dabas gozo y alegría a mis oídos, ni se alegraban mis huesos [¡oh, dulce verdad!], que no habían sido aún humillados”²⁴.

Humilde es el que humillado da gracias; y la verdad nos humilla. Así las cosas, sólo el que agradece ser humillado por la verdad, el que no huye de la verdad, el que no reacciona con odio, resquemor, a la verdad, escapa de la mentira, del tedio; transforma su vida y su temple de ánimo. Pero vivimos enmascarando la verdad, volcados en nuestra ficción, olvidando que todo es máscara, disfraz, ilusión. Entregados a la vanidad y entre vanidades, el “yo”, su voluntad de poder, se hace el centro de todo, y quiere poner todo a su servicio..., y a falta de verdad perseguimos las imágenes que creamos de ella; nos hacemos hastiados y desconsolados idólatras. “La medicina del reproche sigue siendo ácida para el paladar del amor propio. El hombre hace todo lo posible por no tomársela y si se ve obligado intentará tragar la menor cantidad, siempre a disgusto, y con mucha frecuencia alimentando en su interior un resquemor escondido contra quienes se la administran por su bien”²⁵.

El humilde reconocimiento de nuestra condición, caída, pecadora, de nuestra falta de humildad suficiente, es lo que nos capacita para sentir suficientemente la ausencia de la Verdad, y reconocer a Dios como oculto y límite para nuestra insatisfecha razón. Sin el reconocimiento de nuestra miseria, de nuestra culpa, no podemos saber del amor de la verdad, ni vivir en su esperanza, confundiendo todo ello con el deseo de conquista y sometimiento.²⁶

Sin lugar a dudas la referencia para Pascal es el texto del Evangelio de San Lucas, clave para entender las confesiones de Agustín, en el que se puede leer. “El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”.²⁷ Sólo el que humilla su razón accederá a la verdad, y no de un modo irracional, absurdo, ya que, de acuerdo con Agustín, afirma Pascal: “la razón no se sometería jamás si no juzgase que hay ocasiones en las que se debe someter”²⁸, y es justo que se someta, pues reconoce, aunque no lo quiera, que “no es por las soberbias agitaciones de nuestra

²² Pascal, *Pensamientos*, nº 43, p. 30.

²³ Pascal, *Pensamientos*, nº 149, 65.

²⁴ San Agustín, *Confesiones IV*, 15, 27,... p. 183

²⁵ Pascal, *Tratados de la desesperación*, ed. Gonzalo Torné, Hermida Editores, Paracuellos del Jarama (Madrid), 2016, p. 45; en adelante esta obra la citaré del siguiente modo: Pascal, *Tratados de la desesperación...*

²⁶ Sobre este punto remito a: Ignacio Verdú Berganza, “Reflexiones en torno al amor y la verdad en el pensamiento de San Agustín y San Anselmo”, *Cauriensia*, Vol. X, 2015, pp. 563-571; en adelante citaré esta obra como: I. Verdú, “reflexiones...”

²⁷ Lucas, 15, 11.

²⁸ Pascal, *Pensamientos*, nº 174, p. 71.

razón, sino por la simple sumisión de la razón, por lo que podemos verdaderamente conocernos”²⁹.

San Bernardo de Claraval, siguiendo y desarrollando el pensamiento de San Agustín, en un sermón dedicado al versículo de San Lucas citado, expone, de un modo admirable, las claves de la propuesta pascaliana. Podemos leer allí: “¿No basta, señor, lo que nos humillas con tu verdad, que aún nos exiges que nos humillemos nosotros mismos?”³⁰ Y es que, los hombres, humillados, lejos de aceptarse y agradecer su grandeza, la de saber de su miseria, la de aún ser amados y gratuitamente invitados a amar, se revuelven resentidos y le dan la espalda a lo que no pueden controlar, dominar, someter.

Los hombres se revuelven y exclaman “-Nos humillaste en el abismo de la amargura y nos envolviste en tinieblas - Nuestra vida está al borde del abismo: ¿es posible humillarnos aún más? ¿Qué ganamos con morir y bajar a la fosa? Lo único que hay debajo de nosotros es corrupción irreparable. Tras la sombra de la muerte solo existe la muerte; tras el abismo de la angustia sólo aparece el abismo de la muerte.”³¹ Pero el que así se humilla no espere ser enaltecido, dice Bernardo, pues ha olvidado su grandeza, ha olvidado a Dios menospreciándose de tal modo que sólo le queda olvidar y perderse en el mundo.

Pero Bernardo profundiza aún más en este capital asunto, y afirma: “el que se humilla, dice el texto, será ensalzado. Si dijera: ‘el que sea humillado será enaltecido’, me llenaría de gozo, pues me siento en verdad terriblemente humillado. Pero como dice: el que se humilla será ensalzado, me siento angustiado y no sé qué elegir ni qué hacer. [...] descender más es ir a la muerte. Estoy ya en un grado muy bajo, el penúltimo, y el siguiente es el infierno [el de Sartre]. Si desciendo a él, se acabó toda esperanza de subir; y si no me humillo tampoco podré ser elevado, pues solamente será ensalzado el que se humilla. Si opto por eso escojo la muerte, y en caso contrario se me niega la elevación y caigo también en manos de la muerte. Es difícil comprender este enigma.”³² En efecto, como muestra Pascal, ni el soberbio ni el desesperado escapan de la muerte del medio día, de la acedia, el tedio, la angustia... y es por ello que, nos confiesa, “si él se ensalza, yo le humillo. Si él se humilla, yo le ensalzo. Y le contradigo siempre. Hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible”.³³

Acudamos de nuevo a San Bernardo. Consciente de nuestra condición inasumible, incomprensible, afirma: “¿Cómo podrá elevarse el que es humillado por la Verdad? [...] al hombre no le faltan lugares donde elevarse, pero no tiene capacidad para realizarlo. Su deseo está ahí, muy vivo, pero sus posibilidades son nulas. Lo quieran o no, todos los humanos y todo hijo de Adán debe repetir: con tu verdad me humillaste. El que se humilla por la verdad es auténticamente humilde y si se ensalza actuará falsamente. Y elevarse falsamente equivale a no elevarse”³⁴, a permanecer, orgullosos, en nuestro estado de desterrados hijos de Eva, de encadenados habitantes de la caverna platónica. Es por esto por lo que Pascal sentencia: “son necesarios movimientos de bajeza, no de naturaleza, sino de penitencia; no para permanecer en ellos, sino para encaminarse a la grandeza.”³⁵

“¿Hemos conseguido algo? – se pregunta finalmente el monje cisterciense – Al menos hemos visto cómo se humilla verdaderamente el hombre. Es decir, apegándose a la verdad que le humilla, y, en vez de disimular, cooperando con ella con el dinamismo de su entrega personal. En adelante evitaré lo más posible la dureza del corazón; aceptaré con lágrimas mi dolor, no sea que, al hacerse

²⁹ Pascal, *Pensamientos*, nº 131, p. 55.

³⁰ San Bernardo, *Sermones varios 20, I*, ... p. 177.

³¹ San Bernardo, *Sermones varios 20, I*, ... p. 117.

³² San Bernardo, *Sermones varios 20, I*, ... p. 117.

³³ Pascal, *Pensamientos*, nº 130, p. 52.

³⁴ San Bernardo, *Sermones varios 20, 3*,... p. 177 y 179.

³⁵ Pascal, *Pensamientos*, nº 398, p. 124.

insensible mi herida, se haga incurable. [...] No quiero pertenecer a ese grupo de quienes la Verdad dice: Los herí y no les dolí.”³⁶

La dureza del corazón es la ceguera de la razón; la dureza del corazón es la aceptación de la mentira; la dureza del corazón es el rechazo de la verdad y la muerte para el hombre.³⁷ “No puedo aprobar sino a los que buscan entre gemidos”³⁸ dirá Pascal, “pues es bueno estar cansado y fatigado de la inútil búsqueda del verdadero bien, a fin de tender los brazos al libertador”.³⁹

¿Qué nos cabe pensar de la orgullosa seguridad que prometen los nuevos estoicos, aparentemente convencidos del poder de la razón?, y ¿qué podemos esperar de los nuevos pirrónicos, orgullosos de mostrarnos desfondados, sin posibilidad alguna de tener noticia de algo que no seamos nosotros, deseo sin rumbo, pulsión sin sentido, miseria sin posibilidad de grandeza? “Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar”⁴⁰, amar la verdad y el bien, a Dios, por encima de todas las cosas. En lo más profundo, íntimo, de nuestro ser, lo sabemos, “es el corazón – el corazón humilde – el que siente a Dios y no la razón. He ahí lo que es la fe. Dios sensible al corazón, no a la razón”⁴¹; he ahí donde radica la confianza que nos sana y que nos permite ir más allá de nosotros y nuestra miseria. He ahí donde radica la esperanza, que nos mantiene en camino, vivida como disponibilidad; como un abrir la posibilidad, agradecidos, de que sea lo que nunca estará en nuestras manos hacer que sea, y en lo más profundo de nuestro ser anhelamos.⁴² (Gus y Anselmo, p.570). He ahí donde puede arraigar la gracia de la caridad, de la entrega, del olvido de mí mismo por lo otro que yo.

“No se entra en la verdad si no es por la caridad” decía San Agustín⁴³; “Uno solo se pierde cuando se aleja de la caridad”⁴⁴, dirá Pascal. Y es que, en palabras de San Buenaventura: “Sola la caridad sana el afecto. Porque el amor, según Agustín, es la raíz de todos los afectos. Luego es necesario que el amor sea sanado, de lo contrario todos los afectos son torcidos, y no es sanado sino por el amor divino”⁴⁵, por su amor infundido en nuestros corazones y por nuestra humilde aceptación de su don.

El hombre no está condenado a vivir sin sentido, miserable, perdido, en el infierno que es el mundo, que son los otros. No es la desesperación lo que inevitablemente habita el fondo de nuestro corazón, salvo que rechazemos la gracia que infinitamente nos excede, que nos humilla, que exige de nuestro más radical agradecimiento; de una confianza que nos hace absolutamente vulnerables, de una esperanza que no podemos sustentar, de un abrir los brazos y dejarnos sanar. “Consolaos, - dirá el genio de las matemáticas – no es de vosotros de quien debéis esperarlo, sino al contrario, debéis esperarlo sin esperar nada de vosotros”⁴⁶.

Esta es nuestra vergonzosa miseria y esta es nuestra gozosa grandeza, “El hombre no es digno de Dios, pero no es incapaz de llegar a ser digno de Él. – de hecho – Es indigno de Dios unirse al hombre miserable, pero no es indigno de Dios sacarle de su miseria”⁴⁷.

³⁶ San Bernardo, *Sermones varios* 20, 5, p. 179.

³⁷ San Bernardo, *Sermones varios* 1º, 1, p. 113.

³⁸ Pascal, *Pensamientos*, nº 405, p. 124.

³⁹ Pascal, *Pensamientos*, nº 631, p. 205.

⁴⁰ Pascal, *Pensamientos*, nº 513, p. 183.

⁴¹ Pascal, *Pensamientos*, nº 424, p. 131.

⁴² I. Verdú, “Reflexiones...”, p. 570.

⁴³ San Agustín de Hipona, *Réplica a Fausto el maniqueo XXXII*, 18, en *Obras completas de San Agustín*, B.A.C., Madrid, 1993, p. 743.

⁴⁴ Pascal, *Tratados de la desesperación...*, p. 105.

⁴⁵ San Buenaventura, *Colaciones sobre el Hexaémeron VII*, 14, en *Obras completas de San Buenaventura*, III, B.A.C., Madrid, 1947, p. 329.

⁴⁶ Pascal, *Pensamientos*, nº 202, p. 82.

⁴⁷ Pascal, *Pensamientos*, nº 239, p. 88.

Sin gracia y humildad no nos queda más que orgullo, soberbia, o apatía, desesperación; idolatría o voluntad de poder. Pero “el hombre no es ni ángel ni bestia, y la desgracia ha querido que quien haga el ángel haga la bestia”⁴⁸. ¿Quién podrá entonces enseñarnos humildad?, ¿A quién agradeceremos que nos humille?, ¿Quién nos humillará amándonos humildemente? Sólo el Dios que, en palabras de San Bernardo: “ocultó su poder y vino en la debilidad”, que “se ocultó y encarnó la sabiduría”, que “entregó su vida a la muerte, cargó con los pecados de todos y devolvió lo que no había robado [...] ebrio del vino del amor, totalmente fuera de sí”⁴⁹. Es decir, Jesucristo, que como dirá Pascal “humilla infinitamente más que pueda hacerlo la sola razón, pero sin desesperar, y ensalza infinitamente más que el orgullo de la naturaleza, pero sin enorgullecer”⁵⁰.

Si no amamos ni oímos, ni vemos..., ni conocemos nada, y desesperamos, inundados de tedio. Hemos de creer para entender, no entender para creer, pues no es lo que producimos sino lo que recibimos lo que nos sana. “Todavía te ocultas a mi alma – se lamentaba San Anselmo – Señor, en tu luz y felicidad, y por eso se abate ella todavía en sus tinieblas y en su miseria. Pues mira en torno a sí y no ve tu belleza. Escucha, y no oye tu armonía. Olfatea, y no percibe tu aroma. Saborea, y no reconoce tu sabor. Palpa, y no siente tu suavidad... los sentidos de mi alma se han embotado, se han endurecido, se han obstruido por la antigua flaqueza del pecado”⁵¹.

Pascal, el gran matemático, el genio, se esforzará en mostrar, contra corriente, que la verdad fuera de la caridad no es más que un ídolo⁵², y no hay filosofía ni método científico, por novedosos, originales, exactos o virginales que pretendan ser que pueda ir más allá de este ídolo. Y los ídolos nunca satisfacen, siempre, engañosos, prometen con su brillo, pero su gloria es, y en el fondo lo sabemos, perecedera.

“El corazón tiene su orden; el espíritu (el intelecto) tiene el suyo, que procede por principio y demostración. El corazón tiene otro. – leemos en sus pensamientos - No se prueba que debe ser amado exponiendo por orden las causas del amor; esto sería ridículo. Jesucristo, San Pablo, expresan el orden de la caridad, no del espíritu (intelecto), pues querían humillar, no instruir. Y San Agustín lo mismo”⁵³, y es que, como dijo San Bernardo de Claraval comentando el Cantar de los cantares, “la instrucción crea doctos; el afecto sabios”⁵⁴.

⁴⁸ Pascal, *Pensamientos*, nº 678, p. 210.

⁴⁹ San Bernardo, *Sermones varios* 29, 3,... p. 245 y 247.

⁵⁰ Pascal, *Pensamientos*, nº 208, p. 83.

⁵¹ San Anselmo de Canterbury, *Proslogion*, c. XVII, pp. 53-4.

⁵² Pascal, *Pensamientos*, nº 926, p. 277.

⁵³ Pascal, *Pensamientos*, nº 298, p. 105.

⁵⁴ San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los cantares*, 23, 14, en *Obras completas de San Bernardo* V, B.A.C., Madrid, 1987, p. 337.